

ó *Cartago hispánica*, aunque también se denominó *Cartago Nueva*. Situada en las cercanías de las ricas minas de estaño y de plata, una de las cuales era la del monte Orospeña (hoy Sierra Segura); construida en la peñascosa playa que se extendía junto á una bahía espaciosa; accesible solo por la parte septentrional; fortificada en un perímetro de 20 estadios (una legua) y poblada únicamente de habitantes cartagineses, contenía esta ciudad preciosos edificios, entre los cuales merecen citarse el castillo residencia y el templo del dios de la salud. El éxito obtenido en la conquista de España ejerció gran influencia en la ciudad de Cartago: es de notar que el partido de los Barcidas tenía en los consejos del Estado, y conservó hasta la batalla de Zama, una mayoría contra la cual se revolvió sin éxito los partidarios de Hannon, que criticaban abiertamente la política iniciada por Amílcar. El odio que los jefes del partido nacional cartaginés sentían hacia Roma, conforme al carácter de su raza y de su Estado mercantil, no era una pasión ciega, pues así en Cartago como en Roma se profesaba el principio de que la venganza era un manjar que había de comerse frío. Su odio contra los romanos era, como se ha dicho muy bien, calculado y les llevaba primero á preparar tranquila y prudentemente todo lo necesario para la lucha, y luego, en cuanto se presentaba un momento oportuno, á comenzar el combate con un plan premeditado, procurándose, entre tanto, que este odio no se extinguiese ni se templase siquiera.

Los romanos, prevenidos por los griegos de Massilia y de las costas orientales de España, enemigos de los africanos, vigilaban atentamente el incremento que iban tomando los cartagineses en España; mas, por otra parte, ocupados en otros trabajos y quizá tranquilizados por la muerte de Amílcar, y sin temer que los Barcidas pensasen en comenzar en seguida la guerra contra Italia, se contentaron con oponer algunos obstáculos á la marcha de los cartagineses por España; es decir, confiados en su superioridad respecto de Cartago, se limitaron á tener ciertas exigencias que, á su tiempo, podían ser pretexto para un rompimiento, si este resultase necesario. Efectivamente, en 226 tomaron bajo su protección á las tribus hispanas de entre los Pirineos y el Ebro, que no habían reconocido aun la soberanía púnica; aliáronse con Emporium (hoy Ampurias), ciudad del Norte de España, y con Sagunto (hoy Murviedro, situada al Norte de Valencia), ciudad que fué construida probablemente por los griegos de Zacinto, y obligaron á los cartagineses á prometer que no atacarían á Sagunto ni atravesarían el Ebro.

Por fin llegó el día en que los cartagineses se dispusieron á manifestar por la vía de la fuerza el profundo odio que, durante tanto tiempo, había alimentado su pecho contra Roma. El valiente Asdrúbal, en 221 ó á principios de 220, había perecido víctima del puñal de un asesino. La elección del ejército, sancionada por el pueblo cartaginés, elevó á la dignidad de general en jefe á un hombre que se encontraba en la primavera de su vida y que hasta entonces solo se había dado á conocer como valeroso soldado y excelente jefe de caballería. Tal era Aníbal, hijo primogénito del gran Amílcar, que contaba á la sazón veintinueve años. Los que entonces le colocaron al frente del ejército, no se equivocaron; pues este Aníbal, el mas grande de los muchos cartagineses que llevaron este nombre, no solo abrigaba y profesaba, como buen hijo de su padre, las ideas y los deseos del mejor de los cartagineses, sino que era, además, uno de los mas inteligentes generales y hombres de Estado que encontramos en el largo transcurso de los siglos de la historia antigua. El mismo Amílcar cuando comenzó su campaña en España, exigió de su hijo, por medio de un juramento, promesa formal de que nunca sería amigo de los romanos: y el

hijo cumplió el juramento, pues nunca tuvieron los romanos enemigo mas encarnizado. Militar educado por su padre y hombre de Estado instruido por su cuñado, querido del ejército por sus dotes militares, su valor personal y su talento, hombre dotado de vasta instrucción, en la opinión de su pueblo, como despues en la de los griegos, preparóse á llevar á cabo los planes de Amílcar.

VII.—PLANES DE ANÍBAL PARA TRIUNFAR DE LOS ROMANOS. SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Aníbal, el hombre mas eminente que tuvo Cartago, y que estaba muy por encima de todo su pueblo, compartió con sus conciudadanos los rasgos fundamentales de su naturaleza. Dotado de un espíritu esencialmente calculista y de una penetración admirable, se convenció, despues de un concienzudo exámen, de que había llegado el momento oportuno para el rompimiento. Cartago se había repuesto ya de las grandes pérdidas materiales sufridas desde 264 hasta 237. Los acontecimientos de España y el estado del ejército permitían intentar una nueva guerra; pero Aníbal reconocía, también, que esta nueva lucha, en la cual se trataba del restablecimiento de la supremacía política y mercantil de Cartago al Oeste del Adriático, había de ser una lucha á vida ó muerte. Tales como se encontraban las cosas, no debía esperarse que terminara el asunto con algunas batallas, sino que el resultado final había de ser, bien relegar al Estado romano á la condicion de potencia de tercer orden, para que no pudiese, en lo porvenir, ofrecer peligro alguno á los cartagineses; ó bien que Cartago quedase reducida para siempre á la situación que antes le había preparado Régulo. Esta lucha no podía entablarse mas que en Africa ó, como deseaba Aníbal, en Italia, porque en su opinión, solo en la península de los Apeninos podían destruirse las raíces de la potencia romana. Roma era superior á sus enemigos por el número, al parecer inagotable, de las fuerzas que podía reclutar en la península; y, á fin de vencer á estas masas, concibió Aníbal la solución de dos problemas. Por un lado, teniendo en cuenta que Cartago no podía rivalizar con Roma en número de soldados, pensó en provocar con su diplomacia un levantamiento contra los romanos entre los pueblos y Estados que estaban ofendidos, amenazados ó oprimidos por la ciudad del Tiber, considerando complemento natural de sus tropas africanas é hispánicas, las falanges de los Antigonidas y las columnas de los celtas de la Alta Italia. Además, era preciso utilizar los elementos anti-romanos de Sicilia, inclusa Siracusa, y las disposiciones de los primitivos habitantes de Cerdeña, para promover levantamientos que, por lo menos, entretuviesen á una parte de las tropas romanas. Por otro lado, y esto era lo principal, quería Aníbal llevar á toda costa la guerra á Italia, pues solo en esta península podía conseguir, despues de una serie de combates, que los aliados itálicos de Roma abandonasen la causa de esta. Una vez conseguida la destrucción de esta dependencia moral y política de la capital latina, era posible que los romanos se desanimasen y que, en tal situación, el Senado se viese en la necesidad de firmar una paz favorable á los intereses permanentes de Cartago. Como el poder marítimo de los cartagineses no se había aumentado, desde la batalla de Egusa, ni militar ni moralmente, tanto como el de Roma, de aquí que el poderoso ataque contra Italia no pudiese intentarse por mar. Aníbal dispuso que la escuadra se limitase á vigilar las aguas hispanas y las Baleares, para obstruir todas las grandes rutas marítimas y para mantener libres las comunicaciones entre el Africa y el ejército de operaciones cartaginés. Las tropas de tierra, en cambio, debían ser conducidas desde España y al través de las Galias hacia la Alta Italia, en donde la alianza con los celtas podía

crear una excelente base de operaciones. Desde allí pensaba Aníbal pasar á la Baja Italia sabélica, poco favorable á Roma, y comenzar en ella el trabajo político de disgregación que se había impuesto. Entonces, con un nuevo ejército que debía llegar procedente de España, podría librar la batalla decisiva contra Roma.

Aníbal, una vez nombrado general en jefe, no podía naturalmente salir de España por el Norte, sin completar antes una serie de preparativos, y llevar á cabo en las comarcas hispanas muchos trabajos militares. Durante el año 220 se hicieron contra varias tribus hispanas algunas expediciones, con las cuales Aníbal extendió la soberanía cartaginesa por el Noroeste hasta los territorios de la actual Salamanca. Entonces consideró necesario el inmediato rompimiento de las hostilidades, tanto mas, cuanto que las noticias recibidas del Adriático y de la Alta Italia anunciaban que habían surgido nuevas dificultades entre el Senado y los ilirios y celtas, dificultades que favorecían en extremo la realización del plan de marcha hacia la Alta Italia.

Entre los ilirios, el caudillo Demetrio de Faro, poco satisfecho de su subordinación á los romanos, no solo había procurado aliarse con los macedonios, entrando á formar parte del ejército con que Antígono Doson consiguió en julio del año 221 la victoria de Selasia, sino que había protegido á los corsarios istrios y tomado de nuevo bajo su soberanía á los atintanos.

Entonces hicieron los romanos en 221 una demostración contra el nido de corsarios de la Istria; pero la soberbia de Demetrio se aumentó considerablemente cuando de nuevo comenzaron á hacerse difíciles las relaciones de los romanos con la Alta Italia. Las adquisiciones que recientemente había hecho Roma en los territorios del Po, no debían ser administradas como provincias independientes, sino que estaban bajo la dirección de uno de los cónsules; habiase creído necesario, ante todo, conseguir la romanización de estas comarcas y especialmente la de los distritos que se extendían al Sur del mencionado río. En 220, y durante la censura de Cayo Flaminio, se emprendió la construcción de la gran vía militar (Vía Flaminia) del Norte de Italia que, arrancando de Spoletto y atravesando los Apeninos, se dirigía á Fanum, ciudad de la antigua comarca de los senones, y despues de haber pasado las costas del Adriático, terminaba en Ariminum. Habiase decidido también establecer en los territorios del Po algunas colonias militares que, á manera de fortalezas, debían servir en primera línea para contener á los celtas. Además de Mutina (hoy Módena) comprendían los romanos, con la penetración militar que les era característica, las ventajas de la ocupación de aquella parte del valle del Po que, en la historia de la guerra hasta nuestros días, ha sido considerada por los estratégicos de todas las épocas, como indispensable para la dominación de estos territorios; y así procuraron apoderarse de Cremona y de Plasencia, situadas respectivamente en las orillas izquierda y derecha de dicho río, lo cual indignó todavía mas á los celtas que, con ello, consideraban pérdidas para siempre su libertad y una parte importante de su territorio. Estos hechos aumentaron la esperanza de Aníbal y la insolencia de Demetrio. Cuando éste, confiando en la difícil situación en que se encontraban los romanos y en la alianza de Macedonia, dió muestras de extraordinario atrevimiento y llegó á ordenar que cincuenta buques de guerra atravesasen la línea del Liso, para ejercer la piratería en aguas griegas, los romanos adoptaron una actitud enérgica. El cónsul Lucio Emilio Paulo se dirigió en 219 á Iliria, conquistó en siete días la fortaleza de Dimale que era considerada como inexpugnable, sometió en todas partes á los aterrizados ilirios, y se apoderó, final-

mente, del último baluarte de Demetrio, la isla y ciudad de Faro (hoy Lesina), de suerte que no quedó á Demetrio mas recurso que huir precipitadamente á la corte del joven rey de Macedonia Filipo V, que no había tenido ni tiempo ni energía suficientes para proteger contra las legiones al aliado de su antecesor.

El gozo que experimentó el Senado por la inesperada facilidad con que había sido vencido el caudillo ilirio, se disminuyó considerablemente al tener noticia de lo que acontecía en España. En efecto, Aníbal á quien todo favorecía para romper las hostilidades contra Roma, comenzó en la primavera del año 219, bajo fútiles pretextos, á hostilizar á Sagunto, comprendiendo que de esta manera llegaría á un rápido rompimiento: además, para el caso de declararse la guerra con los romanos, era altamente necesario destruir las bases de operaciones que estos hubieran podido utilizar contra las posesiones cartaginesas de España. Los saguntinos pidieron auxilio en seguida á los romanos, sus aliados; pero el Senado, que no conocía aun la temible energía de Aníbal ni el espíritu nacional que reinaba en el pueblo cartaginés, y que no se encontraba muy dispuesto, despues de las luchas con los ilirios y celtas, á comenzar sin necesidad una nueva guerra con Cartago, estuvo algun tiempo indeciso, hasta que se resolvió, en vista de las circunstancias, por una intervención diplomática, que fracasó por completo. Esto no obstante, Roma vió impasible cómo Sagunto, con una perseverancia de que las ciudades españolas han venido dando siempre ejemplo, hasta las guerras carlistas del siglo diez y nueve, siendo en todas ocasiones la admiración de los respectivos contemporáneos, opuso por espacio de ocho meses una tenaz resistencia á los cartagineses. Cuando por último la inmortal ciudad, entre terribles escenas de admirable heroísmo, hubo de caer en poder de los cartagineses, y cuando Aníbal se hizo dueño de un considerable botín que distribuyó entre el erario público, el ejército y la caja de fondos para la guerra, comprendió Roma toda la gravedad de la situación y envió una embajada á Cartago para exigir del Senado cartaginés como garantía de paz, la entrega de Aníbal y de los gerusiastas de su ejército. Solo Hannon, jefe de la minoría, en su odio á los Barcas, y convencido de los males que una nueva guerra contra Roma acarrearía, se mostró dispuesto á aceptar las condiciones de los romanos; pero la inmensa mayoría fué contraria á su parecer. Cuando los oradores cartagineses comenzaron á discutir la cuestión de derecho y abogar en pro de su Estado, el jefe de la embajada romana, el antiguo cónsul Quinto Fabio Máximo, cortó muy pronto el debate, y con la altivez que caracterizaba á los ciudadanos de Roma, recogió su toga y dijo á los hombres de Estado cartagineses que en los pliegues de su manto estaban la paz y la guerra, y que ellos mismos escogiesen. «Tomaremos la que nos des,» contestaron aquellos; y entonces el embajador, dejando caer de nuevo la toga, exclamó: «sea pues la guerra.» La aclamación de los senadores cartagineses demostró haberse aceptado con placer tal declaración que había de decidir de su suerte.

VIII.—SUBLEVACION DE LOS CELTAS. ANÍBAL EN LA GALIA: CRUZA LOS ALPES Y VENDE EN EL TESINO

Quedaba, pues, abierto de nuevo el ancho palenque de la guerra: Marte triunfaba. Entonces se renovaron entre el Oriente y el Occidente las antiguas luchas que ensangrentaron los días de Gelon, Temístocles y Jerjes; solo que en esta ocasión la causa del Oriente estaba representada por un grande héroe y la del Occidente por la fuerte tenacidad y perseverancia de una poderosa nación. Roma no comprendió bastante la verda-

dera gravedad de la situación, pues ignoraba el incremento que habían tenido las fuerzas de su adversario desde la conquista de Cerdeña. El Senado creía simplemente tener que habérselas con un enemigo puesto en las condiciones en que en 241 le había colocado Lutacio Cátulo. Ignorando por completo los planes de Aníbal y animados por una confianza excesiva, no hicieron los romanos grandes preparativos y ordenaron á uno de los cónsules del año 218, Tiberio Sempronio Longo, que con la escuadra y su ejército se dirigiera á Sicilia, que desde Lilibeo pasase al África, y que una vez allí, dirigiese sus ataques contra Cartago. El otro cónsul, Publio Cornelio Escipion, recibió la orden de hacerse á la vela desde Pisa en dirección á los cantones hispanos del Norte del Ebro, con dos legiones y el número correspondiente de tropas aliadas, para entretener á las de Aníbal. Pero mientras Sempronio, muy entrada ya la primavera, se dirigía á Sicilia, vióse Escipion en Italia en la imposibilidad de marchar rápidamente á España. Hacia mucho tiempo que Aníbal estaba en relaciones secretas con los celtas, los cuales esperaban que la llegada de las tropas cartaginesas les librara del yugo de Roma. Los mismos romanos, temerosos de que con motivo de la nueva guerra se promoviese un levantamiento en el Po, se apresuraron á completar sus colonias militares. La noticia, que en 218 había llegado á los celtas, de que Aníbal había pasado el Ebro, fué causa de que se declararan en abierta sublevación, siendo los boyos y los insubrios los que primero se sublevaron contra Roma. Los boyos atacaron de improviso á los colonos romanos, se dirigieron á Mutina, bloquearon esta fortaleza, y, valiéndose de una traición, hicieron prisioneros á los tres senadores emisarios que estaban encargados del establecimiento de las colonias. El pretor L. Manlio, que con una legión se encontraba en Ariminum, al tener noticia de estos sucesos, se dirigió á Mutina, pero atacado en las espesas selvas de aquella comarca, vióse derrotado y obligado á retirarse á Tannetus, aldea fortificada de las cercanías del Po. En tales circunstancias, decidió el Senado enviar á la Alta Italia las tropas que se destinaban á España, debiendo, en su consecuencia, el cónsul Escipion esperar durante mucho tiempo en Roma hasta que se hubiesen organizado otras dos legiones. Por fin, pudo salir de la ciudad del Tiber en el mes de agosto; pero al llegar á Massilia, después de una travesía por mar, supo con sorpresa que Aníbal, con un poderoso ejército, había pasado los Pirineos y se aproximaba á marchas forzadas á las comarcas que baña el Ródano. Entonces comenzaron los romanos á sospechar cuáles eran los planes estratégico-políticos del general cartaginés, y trataron de enterarse lo más rápida y minuciosamente posible de la dirección seguida por Aníbal. Escipion, en vista de las noticias que recibió, envió á la orilla izquierda del Ródano un fuerte contingente de caballería, pero al regresar esta, después de una corta ausencia, supo que había llegado demasiado tarde á la Galia (esto acontecía á mediados de setiembre) para contener la marcha de los africanos. Aníbal, cuya excelente caballería húmeda había trabado un sangriento combate con los romanos, poco afortunado para estos, se encontraba en la comarca de Avenio (hoy Avignon), que se extendía á la orilla izquierda del caudaloso río: y cuando en vez de dirigirse contra el ejército consular y de proseguir su marcha hacia Génova, torció camino hacia el Norte, reconoció Escipion que los cartagineses hacían este rodeo para atravesar los Alpes é invadir la Alta Italia. Uno de los hechos que más caracterizan la tenacidad y constancia de los romanos, así como el desconocimiento de los peligros que habían de temer por parte de Aníbal, es que Publio Escipion envió á España la mayor parte de su ejército, bajo las órdenes de su hermano Cneo, marchando él con escasas fuerzas hacia

Pisa, con el objeto de reunir en la Alta Italia las tropas que le eran necesarias.

Aníbal podía decir con satisfacción que había logrado llegar á la orilla izquierda del Ródano sin haber encontrado resistencia por parte de los romanos. El prudente general, hechos todos sus preparativos y después de haber llegado los contingentes españoles, á quienes había licenciado durante el invierno de 219 á 218, envió al África, como rehenes, á la par que como guarnición, 15,000 españoles; destinó á España otros tantos africanos, y aseguró á Cartago dotándole de una fuerte guarnición. Aníbal confió el mando de las fuerzas que se encontraban en España y de la escuadra de 57 buques á su hermano Asdrúbal, el cual en aquella comarca, tenía el encargo de organizar un ejército de 12,000 infantes, 2,500 caballos y 21 elefantes, que con el tiempo habían de ayudarle á la realización completa de sus planes en Italia. Durante la primavera del año 218, Aníbal con 90,000 infantes, 12,000 caballos (todos veteranos de África, España y las Baleares) y 37 elefantes, salió de la Cartago hispánica, dirigiéndose hacia el Norte. Después de haber atravesado el Ebro, encontró un obstáculo que le opuso la actividad de los romanos, deseosos de atacarle, y que pudo ser muy perjudicial á los planes que respecto de Italia había concebido. Los pueblos que no dependían aun de Cartago, es decir, los que vivían entre el Ebro y los Pirineos, instigados y animados por los romanos, se mostraron tan hostiles y tenaces, que Aníbal, á quien tan precioso era el tiempo, se vió obligado, para sojuzgarlos rápida y enérgicamente y para asegurar la mitad oriental de aquellas comarcas, á sostener una serie de batallas que le costaron la pérdida de 20,000 hombres, y hubo de dejar al general Hannon con 10,000 infantes y 1,000 caballos, á fin de conservar aquellos territorios y de asegurarse los pasos de los Pirineos orientales. Asimismo tuvo que licenciar, al pasar la línea de los Pirineos, á un número igual de soldados españoles, porque comprendió que aquella gente no se hallaba dispuesta á emprender una campaña por países hostiles y desconocidos. De suerte, que Aníbal, al entrar en las Galias por San Juan de Luz, solo disponía de 50,000 infantes y de 9,000 caballos; pero en cambio este ejército se componía de tropas escogidas, adictas por completo á su general, que había prometido á los soldados africanos el derecho de ciudadanía cartaginesa, en caso de que terminase felizmente la guerra de Italia.

La marcha de los cartagineses al través de la Galia meridional se llevó á cabo sin obstáculo alguno durante las cuarenta millas que les separaban del Ródano, pues los caudillos de estas comarcas, gracias á la diplomacia y al oro de Aníbal, le permitieron seguir adelante. La astucia y la energía vencieron la resistencia que les opusieron los volces, tribu que pertenecía á la clientela de la ciudad de Massilia. Aníbal forzó el paso del Ródano, y los celtas sufrieron una gran derrota. Pero faltaba todavía lo principal, que era penetrar en Italia: para ello Aníbal no emprendió la marcha por la costa, sino que prefirió cruzar los Alpes, es decir, la antigua línea por la cual los celtas transalpinos solían invadir las comarcas del Po. El general cartaginés supo por los celtas aliados de la Alta Italia que la marcha, si bien muy difícil para un ejército, era realizable; y trató de llegar á toda prisa, entre los pueblos celtas de la Alta Italia, á la base de operaciones deseada, alejándose en lo posible de los obstáculos que á su paso podían oponer los romanos. Aníbal, acompañado del caudillo boyo, Magilo, y de otros guías celtas que se le unieron en el Ródano, subió por este río hasta Isara (Isère); para llegar al valle del alto Isère, siguió la orilla derecha de esta corriente, pasando por la rica comarca de los allobroges celtas, donde el auxilio que prestó á un caudillo que estaba en guerra con otro del mismo pueblo, fué muy provechoso para el ejér-

cito africano. El paso de los Alpes graicos, hecho que los contemporáneos y las posteriores generaciones han comparado con las hazañas de Hércules, celebrando con legendarias hipérbolas las dificultades del camino y el talento del gran cartaginés, exigió fatigas y trabajos inauditos que ocasionaron grandes pérdidas al ejército de Aníbal. La marcha seguida por los cartagineses fué probablemente la siguiente: el valle de Chambéry y del alto Isère, y el pequeño San Bernardo, por el territorio de los salasios, que se hallaban bajo la clientela de los insubrios, territorio que hoy lleva los nombres de Aosta y de Ivrea y que está situado junto al Dora Baltea. Quince días necesitó el ejército para llevar á cabo esa expedición, digna de los tiempos heroicos. Los ataques de algunos pueblos montañeses, como los allobroges y los centrones, las dificultades que á su paso oponían el camino, el hielo, la nieve, el frío y la falta de víveres ocasionaron grandes pérdidas á los cartagineses, de suerte que, cuando seis meses después de haber salido de la Cartago hispánica, Aníbal llegó, en octubre del año 218, al hermoso valle de Ivrea, solo tenía 20,000 infantes (12,000 africanos y 8,000 españoles) y 6,000 caballos para operar en las comarcas objetivo de sus planes.

Pero la suerte le favoreció, pudiendo vengarse muy pronto de la falta cometida por Publio Escipion: en efecto, si este cónsul hubiese conducido en seguida todo su ejército desde Massilia á Génova y desde Génova al alto Po, hubiera podido derrotar por completo á las tropas de Aníbal, diezmadas y aniquiladas por el cansancio, en cuanto hubiesen aparecido en el valle de Ivrea. Pero, en vez de esto, los atrevidos invasores pudieron descansar y reorganizarse tranquilamente, someter á los taurinos ligurios, enemigos de los insubrios, conquistar el alto valle del Po y aprestarse á dirigir sus ataques contra los mismos romanos.

La noticia de la entrada de Aníbal en la Alta Italia naturalmente destruyó por completo todos los planes del Senado. Sicilia se mostraba favorable á los romanos, pues el rey

Hieron se mantenía fiel á los tratados: á esto y á la vigilancia de Hieron y del pretor M. Emilio se debió que fracasase una tentativa hecha por los cartagineses para apoderarse con 35 buques de Lilibeo: además la escuadra cartaginesa fué derrotada, poco después, por una escuadrilla romana. Cuando el cónsul Sempronio, con 160 buques, entre los cuales se encontraba la escuadra de Siracusa, reconocía las costas meridionales de Sicilia y arrebatada á los cartagineses la isla de Malta, la triste noticia de los acontecimientos de la Alta Italia le obligó á dirigirse hacia el Norte: Sempronio solo pudo robustecer con 50 buques la escuadra de Emilio, pues hubo de destinar un contingente de embarcaciones á la persecución de una escuadra cartaginesa que asolaba las costas itálicas de Bibo, ordenando que sus tropas se dirigiesen á toda prisa á Ariminum, parte por tierra atravesando la larga península, parte por mar cruzando el Adriático.

En el entre tanto, el cónsul Escipion reunía en la Alta Italia las tropas que allí habían sido enviadas para vencer la sublevación de los celtas, ó sea el contingente que pocos meses antes había acudido, á las órdenes del pretor Cayo Atilio, al auxilio del pretor Manlio y que nada importante había hecho. Escipion, á fin de acosar á los africanos antes de que pudiesen juntarse con los celtas, pasó el Po por Plasencia, y subiendo por este río, se presentó delante de los cartagineses, los cuales, saliendo de Turin, se dirigían al Este. Después de haber atravesado el Tesino se encontró Escipion de repente con un fuerte contingente de caballería mandado por el propio Aníbal, trabándose entre ella y la infantería ligera de los romanos un sangriento combate, en el cual estos salieron completamente derrotados. El cónsul, herido, debió su salvación á su hijo Publio, joven audaz de 17 años que después había de ser el vencedor de Zama. Los romanos hubieron de huir á toda prisa á Plasencia, no sin sufrir nuevas pérdidas en la retirada. La primera batalla de importancia de esta nueva guerra en el territorio itálico, había sido favorable á los cartagineses.

CAPÍTULO III

SEGUNDA GUERRA PÚNICA

- I. Aníbal. El pueblo romano.—II. La batalla de Trebia.—III. Guerra en España. Situación de los romanos.—IV. Cayo Flamínio. Derrota de los romanos en el lago Trasimeno.—V. Aníbal se dirige á la Baja Italia. Quinto Fabio Máximo Cunctator.—VI. Guerra en España. Batalla de Canas. Derrota y enérgico proceder de los romanos.—VII. Capua y los sabelios se pasan á Aníbal. Desgracia de los cartagineses en España.—VIII. Macedonia. Situación militar de Aníbal y de los romanos respecto á Capua.—IX. Marco Claudio. Marcelo. Victorias de los romanos en Italia y en España.—X. Muerte de Hieron. Siracusa abandona la causa de Roma.—XI. Filipo V contra los romanos. Guerra macedonio-etólica.—XII. Lucha en Italia. Marcelo sitia y conquista Siracusa. Toma de Tarento.—XIII. Muerte de los Escipiones en España (212). Aníbal delante de Roma. Toma de Capua (211).—XIV. Muerte de Marcelo. Publio Cornelio Escipion. Escipion conquista la Nueva Cartago.—XV. Asdrúbal se dirige á Italia. Asdrúbal en Italia. Derrota de los cartagineses en el Metauro.—XVI. Grecia. Guerra macedonio-etólica. Filopemen.—XVII. Escipion se apresta en Sicilia para pasar al África. Q. Pleminio.—XVIII. Victorias de Escipion en África. Batalla de Zama. Paz de Escipion.

I.—ANÍBAL. EL PUEBLO ROMANO

Ya hemos visto cómo empezó en el suelo itálico la más temible de todas las guerras que conmovieron hasta la época de Sila el mundo antiguo, lucha en extremo peligrosa para el porvenir de Italia y de los romanos. Las horrorosas huellas que dejó la obra destructora con que el gran cartaginés intervino en la historia de esta nación, no habían desapareci-

do todavía cuando la invasión de los germanos, pues la segunda guerra púnica solo puede compararse con la cruel y exterminadora lucha emprendida por el bizantino Justiniano I contra el pueblo heroico de los ostrogodos. Mas adelante veremos que Roma, después de diez y siete años de encarnizada lucha, pudo por fin vencer al héroe africano. Pero pocas naciones han pagado tan caras, como pagó entonces la latina, la salvación de su porvenir y la conquista de la supremacía.